

En Chile no aceptaron la propuesta, que significaba una crítica a los militares chilenos. Hubo en Santiago una reacción patriótica después del desaliento momentáneo, y se formó otro ejército al mando de Manuel Bulnes. Realizaría la misma operación contra Perú: ir por mar contra Lima (la superioridad marítima chilena era evidente). Se pidió a Rosas que reanudase las operaciones interrumpidas en la quebrada.

Se reanudan las operaciones (mayo).

La crítica de Rosas a los militares chilenos, también correspondía al ejército de Heredia. A pesar de ser éste un hombre leal y buen federal, no había depurado de unitarios ni su ejército ni su administración; hasta sus cartas más secretas eran robadas y llevadas a Santa Cruz ³¹. No obstante, Rosas no podía prescindir de Heredia aunque lo criticó con dureza y Heredia llegó a renunciar. Pero Rosas rechazó su renuncia. Le mandó dinero, armamento y refuerzos para una ofensiva que batiese a Braun y llegase a Tarija y Chichas.

En mayo y junio —el 28 de marzo había empezado la intervención francesa con el bloqueo del almirante Leblanc— se reanudaron los combates en el norte. Una columna al mando del coronel Virto avanzó por la quebrada, mientras otra, con Gregorio Paz, flanqueaba por Orán y Yacuiba con el propósito de tomar Tarija. Braun se replegó e hizo por medio del coronel argentino Manuel Sevilla, pasado a sus filas, proposiciones de paz condicionadas a que Heredia se desprendiera de Rosas (5 de junio), rechazadas por éste.

El repliegue de Braun era una maniobra: en *Iruya* el 11 de junio derrotó la columna del coronel Virto; en *Cayambuyo*, cerca de Tarija, venció a Gregorio Paz el 24.

Mientras tanto el bloqueo francés (declarado el 28 de marzo) hacía difícil la situación de Buenos Aires. Braun el 13 de agosto reanudó su tentativa de entenderse con Heredia: le expresó las dificultades de Rosas para ayudarlo y la imposibilidad de resistir una acometida ³². Al mismo tiempo los consejeros íntimos de Heredia trataban de separarlo de Buenos Aires en el conflicto francés (gestión en la que presumiblemente andaba Cullen desde Santa Fe). Pero en vez de obrar así, Heredia declaró su completa solidaridad con Rosas, se negó a hacer la paz que le proponía Braun y separó a los unitarios de su consejo.

³¹ Una importante nota de Rosas del 22 de marzo de 1837 fue robada de la secretaría de Heredia y entregada a Santa Cruz. Rosas advertía continuamente a Heredia sobre la "numerosa perrada unitaria" que lo rodeaba y no vacilaría en *sacrificarlo*, en lo que no se equivocó. Heredia, ingenuamente, creía que la guerra con Bolivia y después el conflicto con Francia aventaron las rivalidades de partido. Nunca sospechó, hasta encontrarse con la evidencia, el proceder de sus protegidos Marco Avellaneda, Brígido Silva y Salustiano Zavalía.

³² Santa Cruz había ofrecido en mayo de 1838 la paz a Heredia ofreciendo desocupar todo el territorio argentino tomado en la guerra (distritos jujeños de la Puna), y condiciones favorables para el intercambio comercial siempre que se hiciese con independencia de Rosas. La situación de éste era difícil:

acababa de ser bloqueado por los franceses en marzo y estaba frente a una conjuración donde entraban Rivera y Estanislao López. No obstante, Heredia no quiso oír nada de Santa Cruz. Ni oyó tampoco las insinuaciones de sus amigos Avellaneda, Zavalía, Silva. Todo lo contrario: reinició, con escasos elementos, la ofensiva contra los bolivianos. En mayo escribía a Juan Bautista Paz: "Cada día apuro más a los enemigos, y si quieren la paz ha de ser ésta conforme a los intereses de la República. Santa Cruz, para que haga tratados con él, me enamora, me hace ofertas pomposas, mas yo soy picarillo que no creo en ofertas; mas ellos están apurados y puede ser que me cumplan lo que me prometen, mas de ello, sea lo que fuere, yo me atengo a mis tropas y al espíritu de ellas" (citada por Basile).

El 12 de noviembre, como veremos luego, Heredia será asesinado en el camino de Lules por orden o instigación de Marco Avellaneda, su presidente de la sala legislativa. Al poco tiempo cayeron los gobernadores de Salta (Felipe Heredia) y de Jujuy (Pablo Alemán), que le eran adictos. Sus sucesores entraron en negociaciones con el general José Miguel Velasco, que había sustituido a Braun (diciembre)

8. EL ESTADO ORIENTAL EN 1836

Lavalleja y Rivera.

En noviembre de 1830 la asamblea oriental, conforme a la constitución de ese año, eligió a Rivera primer presidente de la República: una maniobra de la "gran familia" dueña de la asamblea, para arrebatar el puesto a Lavalleja, el héroe de los Treinta y Tres, a quien le correspondía en justicia. Lavalleja conspiró todo el cuatrienio de Rivera (1830-1834): en junio de 1832 el coronel Eugenio Garzón, respondiendo a Lavalleja, se sublevaba en Montevideo y por un momento pareció adueñarse de la situación; pero no consiguió estabilizarse y en agosto

Rivera retomaba el poder. En abril de 1833 Lavalleja entró en armas por el norte apoderándose de Melo; el movimiento era prematuro y debió retirarse. El candidato de la "gran familia" a presidente para el período 1834-1838 era Santiago Vásquez, ministro de gobierno. Pero se indispuso con Rivera, que planeó una conciliación con figuras del *lavallismo*: entraron al gabinete Francisco Llambí y Manuel Oribe, éste como ministro de guerra; Lucas Obes permaneció en el ministerio de Hacienda. Era una "conciliación" en lo interno para seguir con la política exterior de la gran familia. Lavalleja, disconforme con la "conciliación", se alzó nuevamente en armas en marzo de 1834 cruzando el Uruguay, pero su antiguo subordinado Anacleto Medina lo obligó a replegarse a Brasil.

En noviembre de 1834 terminaba Rivera. No se había elegido sucesor, y dejó en el gobierno al presidente del Senado, Carlos Anaya, pero haciéndose designar *Comandante General de Campaña*, que ponía en sus manos las milicias rurales, las mejores fuerzas de la República. Desde el campamento de las milicias en Durazno controlaría el futuro gobierno y podía hacerse reelegir en 1838.

Las facciones de las cámaras no conseguían ponerse de acuerdo con el sucesor. Finalmente se llegó a un arreglo designando al ministro de guerra, Oribe, el 1 de marzo de 1835.

Manuel Oribe después de una distinguida campaña en la guerra de la independencia, había sido el segundo jefe de los Treinta y Tres. Partidario de Lavalleja en 1830 no acompañó a éste en sus revoluciones y había preferido entrar en la conciliación. Su carácter amable y caballeresco le granjeaba universal simpatía y su nombramiento contentaba, al parecer, a todos. Lavalleja y Rivera, inclusive.

Presidencia de Oribe (marzo de 1835).

Oribe estaba colocado entre Rivera, la "gran familia" y Lavalleja. El descrédito de Lucas Obes por su ministerio de Hacienda (desempeñado con Rivera y Anaya) era grande, y eso le permitió a Oribe obrar con cierta libertad respecto a la "gran familia". Mantuvo por el momento a Rivera en la comandancia de campaña y enfrentó algunos incidentes con Rosas que se quejaba de que los exilados unitarios conspiraban abiertamente.

En su correspondencia con el agente argentino en Montevideo, Juan Correa Morales, Rosas trataba despectivamente a Oribe: hombre *sin carácter, la señorita, nulidad para el mando*. Los unitarios, aliados con Santa Cruz, y apoyados en Rivera, se movían libremente y tenían sus periódicos de propaganda política. *Los cargos eran injustos: Oribe era muy capacitado y un patriota, un hombre de orden y gobierno, pero no tenía libertad para proceder. Internar a los unitarios significaba romper con Rivera y no estaba en 1835 en condiciones de hacerlo.*

Pero, al afirmarse más, suprimió *El Moderador*, periódico unitario que desde Montevideo combatía a Rosas con ofensas que no podían permitirse al jefe de un Estado vecino y amigo. Como Rivera protestó, suprimió también la comandancia de campaña en enero de 1836. No paró allí: el proceso a la gestión financiera de Lucas Obes que ordenó levantar comprometía también a Rivera, despilfarrador sin medida y sin formalidades del dinero del Estado. Rivera se alzó en armas en julio de 1836 acompañado por los emigrados argentinos, entre ellos Lavalle; movimiento extrañamente simultáneo con el pronunciamiento de Freire en Chile. Pese a algunas victorias iniciales, Rivera será finalmente vencido en Carpintería el 19 de setiembre por Ignacio Oribe, debiendo refugiarse en Brasil con Lavalle y otros jefes unitarios. Se pusieron allí a las órdenes de Bento Manuel, comandante imperial en Río Grande, que en esos momentos se debatía con la formidable insurrección separatista de los *farrapos* o *farroupilhas*.

9. REPÚBLICA INDEPENDIENTE DE RÍO GRANDE

Los gaúchos.

La provincia de San Pedro de Río Grande —conocida como *Río Grande del Sur* y familiarmente *el continente*— había sido una preocupación constante de las autoridades imperiales brasileñas desde que en 1815 se deslizó, a través de sus no bien limitadas fronteras, la prédica artiguista de independencia absoluta, gobiernos populares y federación de Pueblos Libres.

Los habitantes de la campaña riograndense tenían mucho de común con los pobladores rurales de ambas orillas del Plata. Eran *gaúchos* tan de a caballo como los gauchos orientales u occidentales, habitaban en *estancias* ganaderas semejantes a las formadas ex las cuchillas orientales o la pampa bonaerense, usaban el lazo con igual destreza, bebían mate y se expresaban en un portugués de giros curiosamente semejantes.

Antecedentes de la revolución de los "farrapos".

La idea de separar Río Grande del Imperio, constituirlo en república y federarla con las repúblicas del Plata,

estaba en germen desde los tiempos de Artigas. Se renovarían hacia 1832. Vivía entonces en Cerro Largo (República Oriental) un sacerdote brasileño, el padre Caldas, con una larga historia de revolucionario en su Pernambuco natal: había sido uno de los jefes de la *Confederación del Ecuador* que mantuvo en 1825 la separación del Imperio de las provincias norteafricanas. Su animosidad contra Brasil y la monarquía eran grandes y su prédica sembraba en la frontera de Río Grande las ideas de separatismo y republicanism.

Las dos primeras figuras militares de Río Grande eran el general Bento Manuel Ribeiro —nativo de Bahía— y el coronel Bento Gonçalves da Silva. Aquél, militar de carrera y distinguido por su lucha en la guerra *Cisplatina*, se mantenía fiel al Imperio; éste, estanciero y hombre de gran prestigio por valiente, bondadoso y servicial, era coronel de milicias y el jefe visible del partido autonomista. Por reclutarse principalmente en la clase baja se llamaba a los autonomistas, despectivamente, los *farrapos* o *farroupilhas* ("harapos", "harapientos"). Al partido imperial se lo llamaba de los *caramurús*, como se decía a los portugueses en los tiempos coloniales.

Los *farrapos* se reclutaban principalmente entre los estancieros y peones de la población rural; los *caramurús* en las familias de funcionarios y profesionales urbanos, y sobre todo en el ejército de línea.

En 1832 el padre Caldas puso en contacto a Bento Gonçalves con Lavalleja. Por éste, Gonçalves conocerá a Rosas, todavía en su primer gobierno. En 1834 —Rosas había dejado el gobierno— estos contactos seguían, y un emisario de Gonçalves, Antonio Paulo de Fontoura, entrevistó al Restaurador en San José de Flores y volvió a Río Grande con la promesa de un apoyo "*desde a hora em que os liberaes do Continente erguessem urna bandeira que traduzisse por maneira «inelludivel» sus efectivas aspiraçoés políticas*". En otras palabras: cuando proclamasen su independencia de Brasil³³.

Los contactos siguieron en 1835. Los historiadores riograndenses dicen que doña Ana Monterroso, esposa de Lavalleja, era ese año en Porto Alegre un agente de Rosas.

No se podía pensar en el levantamiento de Río Grande mientras Rivera fuese comandante de campaña de la República Oriental. Las relaciones del ex barón de Taenarimbó con Bento Manuel eran antiguas y firmes y se descontaba que lo apoyaría. Pero Oribe, a poco de llegado a la presidencia, expresó su simpatía a Gonçalves y los *farrapos*³⁴, y, según diría Rivera, ésa fue "una de las divergencias que lo separó del presidente"³⁵.

Revolución de los "farrapos" (20 de setiembre de 1835).

El 20 de setiembre de 1835 empieza la revolución *farroupilha*. Tímida en su momento inicial, no exterioriza un propósito de separar Río Grande de Brasil ni de reemplazar la monarquía por la república en un principio. Apenas un levantamiento de los estancieros, contra el presidente de la provincia apoyado en los funcionarios. Gonçalves, que se pone a su frente, habla con prudencia del *trono constitucional* y de la *integridad del imperio*.

³³ No fue la sola misión que los *farroupilhas* mandaron a Rosas antes de 1836. Alfredo Varela menciona, basándose en los documentos de Ponte Ribeiro (comisionado brasileño en Buenos Aires), otro viaje de Fontoura en 1835 cuando la asunción de Rosas. *este* le habría dicho que los revolucionarios tendrían su ayuda siempre que "*erguessem urna bandeira definida, clara, insophismecer*" ("irguiesen una bandera definida, clara, sin sofismas").

³⁴ Según Alfredo Varela, Oribe hizo saber a los agentes de Gonçalves que "unidas las dos repúblicas (Oriental y Río Grande) formarían un coloso capaz de resistir la totalidad de las falanges brasileñas".

³⁵ Herrera (*La pseudo historia para el Delfín*) trae un documento del agente imperial en Montevideo en 1838 —después de la caída de Oribe— que repite palabras de Rivera: "*.. as circunstancias o tinham feito sucesivamente caramurú o farroupilha para tirar partido de uns ou outros. Pero seus sentimentos, comtudo, fóram sempre a favor dos legalistas por causa dos quaes tiveram origem, em parte, suas desaveneneas con Oribe*".

Pero Oribe y Rosas saben a qué atenerse. Aquél quiere ayudar a los insurrectos, y choca con Rivera, a quien separa de la comandancia de campaña. Rosas —ya jefe virtual de la Confederación con la suma del poder público— instruye a los gobernadores de Corrientes y Entre Ríos "que conviene a los intereses de la Confederación que triunfe el coronel Bento Gonçalves... esperando que presten la cooperación que fuese posible". Viaja a Buenos Aires, a poco de estallada la insurrección, Eliseo Antunes Maciel en nombre de Gonçalves para solicitar la ayuda "*visto ter dado o passo que desenmascarava a revolupíto*". Pero Rosas no se mostró conforme con los ambiguos términos de las proclamas *farroupilhas*, o no creyó prudente provocar al Imperio, y limitó su apoyo a la manera indirecta señalada.

Los primeros combates entre *farrapos* y *caramurús* no son felices para aquéllos. En marzo de 1836 el mayor imperial Manuel Marques de Souza consigue recuperar Porto Alegre, en poder de los revolucionarios desde el comienzo de la lucha, que nunca volverán a tener en los diez años que duraría la guerra. En agosto Bento Manuel, reforzado con la escuadra imperial mandada por el almirante Grenfeli, consigue cercar a Bento Gonçalves y al ideólogo de la revolución, el conde italiano Tito Livio Zambecarri. En *Fanfa* el 2 de octubre los vence y apresa. Gonçalves fue remitido a una

fortaleza en Río de Janeiro, y después, para mayor seguridad, al *Forte do Mar* en Bahía. La revolución pareció concluida.

Independencia de Río Grande (11 de setiembre).

Poco antes el coronel farrapo Souza Netto, para levantar el ánimo, había proclamado la *independencia de la República de Río Grande* el 11 de setiembre después de derrotar una pequeña partida imperialista en *Seiva*. El 6 de noviembre, pese al apresamiento de Gonçalves, se instala solemnemente en la villa de *Piratini* el "Congreso Nacional" de la nueva república. Ratifica la independencia y dispone el aparato exterior de un Estado soberano: bandera, escudo, constitución, agentes diplomáticos, etcétera. Gonçalves es elegido presidente, en su ausencia ejercería un vicepresidente.

El 14 de noviembre José Pinheiro de Ulhoa Cintra, ministro de relaciones exteriores de Río Grande, comisiona al médico José Carlos Pinto como *agente confidencial* cerca de Rosas³⁶.

³⁶ Pinto venía a tratar "*não só respeito de reconhecimento de sua independencia e soberanía (de Río Grande), mas tambien a boa amizade e recíprocos interesses de ambos estados*".

João Manoel de Lima e Silva, comandante de las fuerzas revolucionarias (y hermano del ex regente de Brasil), escribió a Rosas el 14 de octubre de 1836: "*Não consinta V. E. que os retrogradados unitarios tryunphem dos libres federaes riograndenses.. . a independencia de Río Grande do Sul e a federaptio como esse Estado esta solememeiite proclamada pelas toreas liberaes que se acha-o em campo. Protege-a V. Excia.*" ("No consienta V.E. que los retrógradados unitarios triunfen de los libres federales riograndenses la independencia de Río Grande del Sur y la federación con ese Estado están solemnemente proclamadas por las fuerzas liberales que se hallan en guerra. Protéjalas V.E."). Este documento que muestra los propósitos de federalizar Río Grande con la Confederación Argentina —y no es el único— obra en el Archivo Nacional de Buenos Aires en una carpeta de deshechos titulada "Varios" (sala X, C 1, A 7, n^o 11). Lo transcribí en *La caída de Rosas*.

³⁷ "*Aposando-se o general Rivera do mando da República (Oriental) —informaba Bento Manuel al gobierno brasileño— Fara cesar a protecção que presentemente se acorde aos rebeldes dos quaes e odiado; e como tem absolutamente rompido com o governo de Buenos Aires, de necessidade lhe a de mantener a melhor harmonia com o Brasil afim de poder-se sustentar*" ("Apoderándose el general Rivera del mando de la República (Oriental) hará cesar la protección que al presente se da a los rebeldes, de los cuales es odiado; y como ha roto absolutamente con el gobierno de Buenos Aires, le será necesario mantener la mejor armonía con Brasil para poder sostenerse").

La expedición de Rivera y Lavalle (marzo).

Bento Manuel acogió a Rivera y Lavalle que llegaron con trescientos compañeros después de *Carpintería*. Pidió instrucciones en enero (1837) al regente Diego Antonio Feijoo para ayudarlos en la empresa de apoderarse de Montevideo primero y de Buenos Aires después, porque Oribe y Rosas apoyaban a los *farrapos*³⁷. Provisos de dinero y armas, Rivera, Lavalle y sus trescientos compañeros empezaron sus preparativos en febrero.

Pero en marzo ocurre un cambio teatral. Bento Manuel, despechado con el Imperio y trabajado por las logias masónicas, se pasa con todo su ejército a los revolucionarios y jura fidelidad a la República independiente. Dependientes de Manuel, Rivera y Lavalle se encuentran inesperadamente convertidos de *caramurús* en *farrapos*.

Alarmado Rosas hace interrogar a Pinto del alcance de la conversión de Manuel y la situación de Rivera y Lavalle armados por éste. Pinto asegura, falsamente o por desconocimiento, que debe alejar toda sospecha de "*minimas relações (de los republicanos) com os inimigos da Santa Causa da Federação*".

La masonería.

Un nuevo y decisivo factor jugaba en la política riograndense. Rento Gonçalves tenía las características de un caudillo rioplatense —Rosas aparte—, y como ellos su gran defecto era su bondadosa ingenuidad. Llevado de la mano por Tito Livio Zambecarri había ingresado en la masonería sin saber, tal vez, qué significaba, y durante su cautiverio la revolución fue capturada por las logias. José Mariano de Mattos, máximo dirigente de la masonería de Río Grande, ocupará el ministerio de relaciones exteriores; Manuel, afiliado a las logias, y trabajado por ellas, se pasa como he dicho a los independientes.

La República independiente, que nació apoyándose en Rosas y Oribe, se encontrará aliada de Lavalle y Rivera. No consiguen los masones captarla sin tensiones internas: los viejos *farroupilhas* —João Manoel de Lima e Silva, Antonio Manuel Correa da Câmara, Antonio Paulo da Fontoura— son enemigos de la influencia logista, pero serán a poco desplazados y después asesinados".

La "Federación del Uruguay".

La masonería agita un plan que entusiasma a los riograndenses. La revolución no se reducirá a la independencia de Río Grande y su separación de Brasil: se formaría una "Federación del Uruguay" (*Uruguay Mayor* lo llama Calógeras) compuesta de las provincias brasileñas de Río Grande y Santa Catalina, el Estado Oriental, las provincias argentinas de Entre Ríos y Corrientes y quizá Santa Fe, que serían segregadas de la Confederación; y si era posible el Paraguay. Un gran Estado intermedio entre lo que quedaba de Brasil y la Argentina. No era un secreto, y llegaría a exteriorizarse en congresos como el de *Paysandú* de octubre de 1842 con asistencia de los jefes de Río Grande, el Estado Oriental, Corrientes y gobernadores depuestos de Santa Fe y Entre Ríos; la batalla de *Arroyo Grande* (6 de diciembre de 1842) se libró entre Oribe con el ejército aliado argentino-oriental y Rivera al frente de las tropas de la Federación del Uruguay. No todos los *farrapos*, ni todos los unitarios argentinos, estuvieron en ello, pero fue norte de la acción para muchos entre 1837 y 1845.

¿Estaba la diplomacia inglesa entreverada? Las logias eran entonces la punta de lanza de la penetración británica; y si no todos los masones, los *venerables* que daban las órdenes obedecían a consignas de ultramar. En 1842 ni a Rosas ni al gobierno de Brasil les cupo dudas de la participación inglesa. Y es comprensible que un tercer Estado en el Atlántico que debilitase a Brasil y la Argentina por igual, convenía a la política de *divide et impera*, una de las constantes británicas en América.

³⁸ Correa da Cámara, que había sido comisionado imperial en Paraguay, y volvió en 1836 como agente riograndense —sin conseguir sacar a Rodríguez de Francia de su espléndido aislamiento—, se puso en 1839 en contacto con Rosas explicándole el cambio de orientación de los revolucionarios.

Fuga de Bento Gonçalves (setiembre de 1837).

Apoyado en la masonería, fuerte en Brasil sobre todo entre los elementos localistas y republicanos que bullían bajo la difícil unidad del Imperio, Bento Gonçalves consigue huir del *Forte do Mar* el 10 de setiembre de 1837. El 3 de noviembre llega a Río Grande y el 16 toma posesión en Piratini de la presidencia de la república. Traído por la masonería, ha llegado meses antes un marino de Niza, con espíritu aventurero y grandes condiciones de valentía y carácter: José Garibaldi, que empezará su carrera militar en el Nuevo Mundo como corsario con la bandera de Río Grande ³⁹.

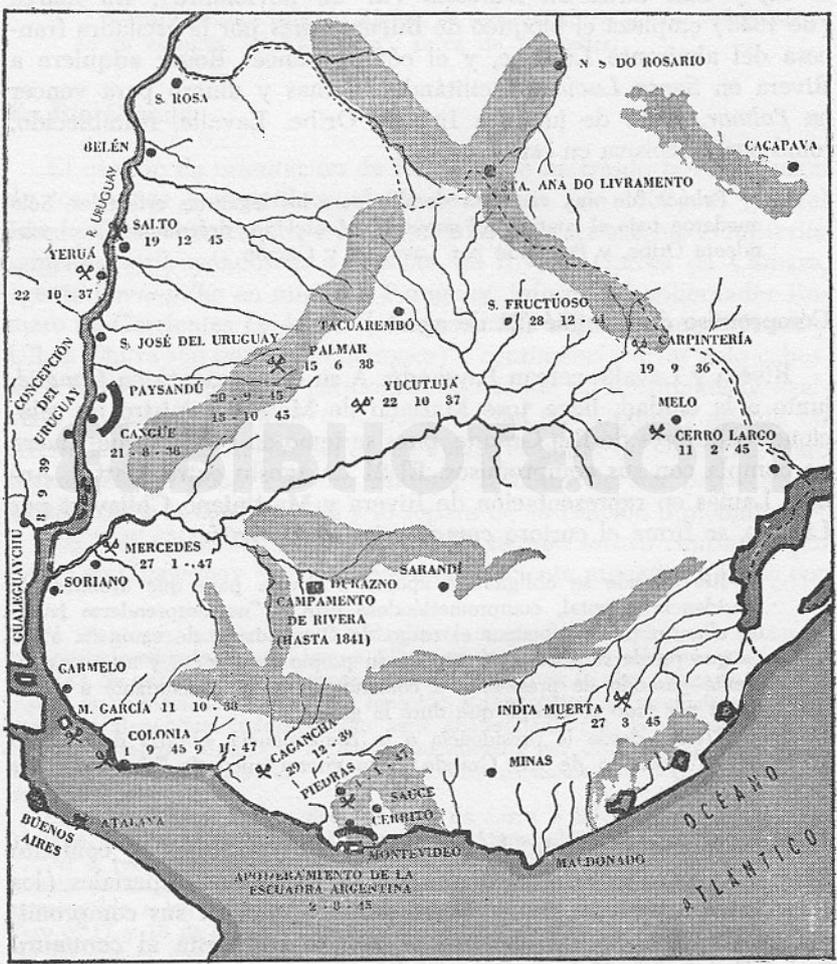
La fuga de Gonçalves tiene gran repercusión en Brasil. Después de una agitada sesión del parlamento, el regente Feijoo se ve obligado a renunciar (19 de setiembre). Toma la regencia Pedro de Araujo Lima (más tarde marqués de Olinda), apoyándose en el partido conservador o *saquarema*, decidido a poner fin a los movimientos localistas y acabar con la República de Río Grande. Los *saquaremas* al revés de Feijoo miran con recelo a Santa Cruz, y simpatizan (por entonces) con la Argentina y Chile en la guerra que se desenvuelve en Jujuy y Perú.

Empieza la invasión de Rivera (mayo).

Armado por Rento Manuel, Rivera (Lavelle, debido a una fractura en el brazo, quedó en Río Grande y se incorporaría más tarde) cruza en mayo la frontera oriental. Son 300 riveristas y unitarios, apoyados con un cuerpo de *farrapos* que van con el general Calderón. La estación invernal los Inmoviliza en la frontera, reanudando las operaciones en octubre. Ayudado en un principio por los *caramurús* ahora Rivera volvía como *farrapo*.

Fructuoso Rivera, *don Frutos*, no era un unitario: era un gaucho que amaba y sentía su tierra y desconfiaba de los extranjeros. Pero era un gaucho ladino y enredador, capaz de sacar provecho a lo que se le pudiese por delante. Con la conciencia tranquila se vendía a todo el mundo, porque no estaba dispuesto a entregarse a nadie. Su biografía está señalada por sus constantes *pasadas*. En su presidencia (1830-1834) había dejado hacer a Vásquez y a Lucas cebes la política internacional, que poco le importaba, contentándose con saquear el tesoro. No lo hacía por espíritu de lucro sino por despilfarrador y manirroto. Ausente Artigas, era el caudillo más prestigioso de la campaña oriental, pero la suya era una fuerza ciega, sin más dirección que sus conveniencias y capricho.

³⁹ Impulsado por Zambecari, a quien visitó como hermano masón en la prisión de Río de Janeiro, Garibaldi y su compañero Rosetti pidieron y consiguieron una patente de corso de la República de Río Grande. Con ella, armaron en el mismo puerto de Río de Janeiro un pequeño barco —una *garopera* para la pesca litoral— a la que pusieron el nombre de Mazzini. Alejados de la bahía Guanabara, alzaron la bandera *farrroupilha* dedicándose a detener las zumacas brasileñas de comercio.



Las guerras en la Banda Oriental

El 22 de octubre derrota a Manuel Oribe en *Yucutujá*, pero el 21 de noviembre Ignacio Oribe se toma un amplio desquite junto al Yi, y más tarde en *Durazno* (27 de noviembre). En marzo (de 1838) empieza el bloqueo de Buenos Aires por la escuadra francesa del almirante Leblanc, y el cónsul francés Roger adquiere a Rivera en *Santa Lucía*" facilitándole armas y dinero para vencer en *Palmar*, el 15 de junio, a Ignacio Oribe. Lavalle, restablecido, tomó parte decisiva en esta batalla.

Palmar fue una completa derrota para los legalistas orientales. Sólo quedaron bajo el control del gobierno, Montevideo defendida por el presidente Oribe, y Paysandú por Lavalleja y Garzón.

Compromiso de Cangüé (21 de agosto).

Rivera y Lavalle cercan Paysandú. A su campamento en *Cangüé*, junto a la ciudad, llega José Mariano de Mattos, ministro de relaciones exteriores de Río Grande, pues se teme en Piratini que Rivera no cumpla con *sus* compromisos. El 21 de agosto entre Mattos, Andrés Lamas en representación de Rivera y Martiniano Chilavert por Lavalle, se firma el curioso *compromiso de Cangüé*.

Río Grande se obligaba a apoyar a Rivera para que asumiese la presidencia oriental, comprometiéndose éste a "no desprenderse jamás de ella sin pasar a ocupar el cargo de Comandante de campaña a fin de que pueda suceder a su turno a su propio sucesor ... y así sucesivamente pasando de presidente a comandante y de comandante a presidente por todo el tiempo que dure la guerra".

Rivera, desde la presidencia o la comandancia, obraría de acuerdo con el gobierno de Río Grande, cuya guerra apoyaría "con todos sus recursos".

No por recibir ayuda de franceses y riograndenses se contentó Rivera. Se puso en comunicación con los brasileños imperiales (los *caramurús*) a quienes urgió dinero para no cumplir sus compromisos de Cangüé. En las *chacras de Toledo* entrevista al *caramurú* Pedro Fernández Chávez. Extracta Manacorda la *relación reservada* del brasileño a su gobierno: "Rivera apuraba las exigencias... pidió medio millón de pesos para desligarse de sus compromisos con los *farrapos* de Río Grande ... el agente de Brasil le prometió quinientas onzas; después acabó por entregarle ochocientas. *Arriesgué* para ganar, dice el brasileño; le *gané* de mano, dice Rivera".

⁴⁰ Manacorda cuenta la forma chistosa de Rivera para sacarle a Roger en Santa Lucía más dinero del que necesitaba para armar su gente. Al revistan su ejército el francés, el taimado caudillo lo hace desfilar junto a un monte *al* que Roger da la espalda; "en la ceja del monte van entrando los soldados después de desfilar y corren por detrás para incorporarse nuevamente al desfile mientras en la espesura cambian de ponchos. Con distinto color las tropas son siempre las mismas y el ejército abulta".

Lavalle, distanciado de Rivera, se separará de la guerra refugiándose en su estancia "el Vichadero", cerca de Mercedes.

En Río Grande.

El cambio de orientación de Río Grande ha traído la eliminación de los *velhos farroupilhas*: el 19 de agosto (de 1837) el general Lima e Silva es entregado a los imperiales para ser asesinado misteriosamente, atribuyéndoselo a órdenes de Rivera. Correa da Cámara, agente *farroupilha* en misión a Paraguay, informa al gobernador Romero de Corrientes (y éste manda sus cartas a Rosas) que "Mattos y Ulhoa Cintra son unitarios (masones) e continúan a llevar pelo cabestro a inorante bonomía e naturale simplicidade do Presidente Gongalves". Propone "constituir a República (de Río Grande) aliada ou federada a Nagáo Argentina", sacudiendo el poder de las logias. Pero ingenuamente pone a Bento Manuel al tanto de sus proyectos, y Mattos corta la conspiración y lo separa de su función diplomática ⁴¹.

En 1839 Garibaldi —que durante un tiempo estuvo confinado por Rosas en Gualeguay ⁴²- consigue una suficiente escuadra y junto con el general David Canabarro se apodera de la provincia de Santa Catalina, que federa a Río Grande con el nombre de *República Juliana*. Este momento —Rivera en Montevideo, la *República Juliana*, el dominio del mar por Garibaldi y el bloqueo francés en el Plata— señala el apogeo de la república independiente de Río Grande.

⁴¹ Fontoura, que era ministro de Hacienda de Río Grande, será asesinado, *tan misteriosamente* como Lima e Silva, en las calles de *Alegrete* en febrero de 1843. Se atribuyó a los masones y por eso Goncalves se verá obligado a renunciar a la presidencia. Una tardía reacción antimasonónica se producirá; o mejor dicho la República Independiente será abandonada por la masonería a su suerte. Sin apoyo alguno se debatirá penosamente por dos años apoyándose en el coraje de los *farroupilhas* y las condiciones personales de David Canabarro, su último jefe.

La imputación a Rivera del asesinato de Lima e Silva la transmitió Correa Morales, agente argentino en Montevideo, a Arana, el 5 de setiembre de 1837: "...el 4 recibí el Sr. Oribe una carta de Tacuarembó en que se le da la noticia de haber sido asesinado el general Lima por un oficial de Rivera". Al retransmitirla a los gobernadores, comenta Arana que esa noticia *no es creíble*. Pero el 17y 18 de octubre informa Correa Morales "que se confirmaba la noticia de que el general Lima fue asesinado por Rivera, y que el ejecutor fue Fortunato Silva" (Barreto, *Papeles de Rosas*, págs. 133 y 137).

⁴² En sus andanzas con la *Mazzini*, Garibaldi se metió en junio de 1837 en el río de la Plata perseguido por los buques de guerra

imperiales. No pudo recalar mucho tiempo en Maldonado, porque el cambio de frente de los riograndenses hizo que Oribe, lejos de darle protección, le persiguiese; tuvo un combate con un buque oriental, de cuyas resultas Garibaldi quedó herido en el cuello —*mortalmente* dice en sus *Memorias*— y temió que su cadáver fuese arrojado "a los yacarés del río de la Plata". La situación era difícil, no sólo por su herida en el cuello, sino porque desconocida la bandera de Río Grande por la Argentina y el Estado Oriental, la Mazzini sería considerada *pirata* Y pasibles sus tripulantes de la pena de horca. Arribó a Gualeguay, donde Echagüe, gobernador de Entre Ríos, previa consulta con Rosas, le dio generoso asilo y le mandó su cirujano particular, el doctor del Arca, para que le extrajese una bala que tenía alojada en el cuello. Por orden de Echagüe, quedó obligado a residir en Gualeguay y no ausentarse de la villa sin anuencia —y vigilancia— del comandante departamental. "Me permitían pasear a caballo hasta la distancia de diez o doce millas —dicen las *Memorias* de Garibaldi—, residía en una casa particular donde se me alimentaba, y recibía una asignación de un peso fuerte diario, cantidad de sobra para aquel pueblo en que tan pocos gastos pueden hacerse ... Pero todo este bienestar no valía la libertad de que me privaban". Planeó su fuga, consiguió caballos y un guía y galopó de noche hasta Ibicuy no obstante "no estar acostumbrado, como marino, al galope prolongado". Pero el destacamento de Ibicuy lo apresó y devolvió a Gualeguay. Como se negó a decir el nombre del estanciero que lo ayudó en su escapatoria, la rudeza del comandante departamental lo colgó de una mano a una viga del techo, que no pudo resistir y reveló el nombre de su protector para que se lo bajase, cuenta Antonio Cuyas *Y Sampere* (que por entonces residía en Gualeguay y había intimado con el marino italiano) indignado por el proceder de la policía, en sus *Apuntes para la historia de Entre Ríos*. Dice Garibaldi en sus desmemoriadas *Memorias*: "¡A mí, que había consagrado la vida al alivio de los que sufren peleando contra las tiranías y el clericalismo, me hicieron atravesar 54 millas de un país palúdico (entre Ibicuy y Gualeguay) atadas las manos Y los pies sin poder evitar la tremenda persecución de esos tremendos insectos (los mosquitos) ¡... después me suspendieron de una mano en el aire ... ¡dos horas de tan cruel tortura me hizo sufrir aquel malvado (el comandante)!", sin decir el nombre de su favorecedor. Admirado de su temple, el comandante lo hizo descender sin haber denunciado a nadie. " ... Cuando me desataron no lanzaba ya queja alguna; estaba sin sentido, parecía un cadáver". ¿Quién dijo la verdad?

Intervino Echagüe, que de acuerdo con Rosas dejó libre a Garibaldi. Volvió a Río Grande, para retomar sus actividades corsarias; después fue puesto al frente de la escuadrilla republicana de la laguna de los Patos.

10. LA GENERACIÓN ROMÁNTICA

Esteban Echeverría.

En junio de 1830 regresó a Buenos Aires un joven de 27 años después de una estadía de cinco años en París, que no por forzosa le resultó menos agradable. Al descender de la fragata *Correo de las Indias* se anotó en el registro: "Esteban Echeverría, natural de Buenos Aires, profesión escritor" ⁴³.

Hijo de una familia vasca con casa de comercio en los mataderos del Alto, Echeverría pasó su primera juventud en los boliches y "briles ultrafamiliares" del *barrio recio* entre matanzeros, conductores de carretas y gente de avería, a decir de su biógrafo Juan María Gutiérrez. Huérfano de padre, había "tomado el camino un tanto ancho que las señoras viudas abren a sus hijos predilectos": a los 15 años se había convertido en *carpetero* y visteaba con habilidad en las riñas a cuchillo. Hábil en improvisaciones y guitarreadas, era un compadrito que enamoraba mozas por sus arrestos viriles. Los suyos trataron inútilmente de hacerlo estudiar en el colegio de Ciencias Morales; no servía para los libros y pronto abandonó las aulas. Tuvo un puesto subalterno en una casa de comercio, sin perder contacto con sus amistades del suburbio ni dejar la guitarra y el cuchillo. Un suceso oscuro del que nunca habló y debe adivinarse a través de sus poemas, donde hubo amoríos y puñaladas, obligó a sus hermanos a poner tiempo y distancia entre Esteban y un marido demasiado ofendido. Fue a Europa provisto de una escuálida pensión a pasar el mal rato.

Cinco años estuvo en París. Nunca quiso hablar y poco escribió sobre su estada allí. Se sabe, por otros, que alternó con los jóvenes porteños que estudiaban medicina; pero él no estudió nada, limitándose a "vivir" algunos amores intrascendentes y leer sin orden ni método los dramas de Shakespeare, que los románticos acaban de exhumar, el poema *Ossian* que mantenía su prestigio fantasmal y melancólico, y los de Byron conocidos por traducciones francesas, porque no sabía inglés. También leyó a Goethe en francés, y en este idioma los libros de Chateaubriand y la poesía de Lamartine. No se sabe que frecuentase cenáculos literarios, ni siquiera que fuese al teatro en esos años de la batalla de *Hemani*.

⁴³ No era todavía *escritor*, como no era tampoco "comerciante" aunque se inscribió así en su viaje de ida a París. Su medio de vida era la renta de un capital dejado por sus padres.

Volvió de París profundamente transformado. Vestido a la moda del *quartier latin* de 1830, con ceñida levita, monóculo, amplio pantalón de género escocés, corbata negra de innumerables vueltas, capa española y altísimo sombrero de capa; ondulada la melena, afeitado el bigote y una barbilla que le encuadraba el rostro, nada quedaba del compadrito de San Telmo, pero pocos advirtieron el cambio porque no volvió con sus compañeros del suburbio. Ahora, con la mirada ausente tras el monóculo, angustiada la boca y personal el vestido, ambulaba a media noche por las calles "iluminadas por la luna". Estaba resuelto a imponerse, y había compuesto un personaje de poeta noctámbulo, solitario y misterioso como suponía había sido Byron. Como un poeta debe escribir poesías y él nunca las había hecho, se puso al trabajo con tenacidad, su gran virtud. Consiguió, por sus compañeros de viaje, que le

publicaran en la *Gaceta Mercantil*, el diario oficial, un pequeño poema que llamó *Regreso* ("Salve ¡oh Patria! En tu presencia / yo siento sublimarse mi existencia") y un obligado canto elegíaco-patriótico a la manera de Ossian llorando porque "la patria de su amor ya no existía". No es que hiciera política opositora desde el diario oficial (como han creído algunos biógrafos), solamente expresaba su melancolía literaria. Los versos llamaron la atención de Pedro de Angelis. ¿De dónde habría salido un poeta romántico en la pequeña aldea donde todos se conocían? Lo buscó para hablar con él de París y de la nueva corriente que triunfaba en Europa.

Los jóvenes decentes se intrigaron por el desconocido que vivía solitario en un cuarto del bajo con vistas al río y a la alameda, usaba monóculo y paseaba estrafalariamente vestido un dolor incurable. ¡Oh! y que acababa de llegar de París. Bastaría lo último para que Juan María Gutiérrez, Santiago Viola, Juan Thompson y Juan Bautista Alberdi buscaran su amistad y acabaran imitando su atuendo, su estudiada tristeza y su triste estilo poético. Mariquita Sánchez, la madre de Juan Thompson, proclive a las novelitas, le abrió su salón famoso y su amistad constante, dando el espaldarazo mundano al antiguo compadrito del Alto. Echeverría asistió en el palco de Mariquita al estreno en el Coliseo Provisional, el 20 de setiembre de 1830, de *Atala o los amores del desierto* de Chateaubriand traducida por Fernández Madrid, que fue la introducción del romanticismo en Buenos Aires. Posiblemente comentaron los asistentes que seguramente había alternado con el autor, y desde luego colaborado en la imposición de la nueva escuela en París. *Estevan*, como firmaba, no se perdió ninguna de las muchas representaciones que a partir del 28 de julio dio Casacuberta de *Treinta años o la vida de un jugador* de Victor Ducange, donde los jóvenes y las niñas porteñas lloraban las angustias del destino y se sentían impotentes ante "sus embates". No pasó mucho tiempo sin que las calles del centro se llenaran al atardecer de pálidos *leones* de barbillas románticas y pantalones escoceses que melancólicamente embutidos en las capas cortadas por Dudignac y tocados con los sombreros que Varangot traía de París, ambulaban sus sufrimientos hablando entre ellos de la "soledad esquiva", el "reposo de la tumba" y la "copa de la vida llena de amarga hiel". Rehuían las peñas vocingleras del café de la Victoria, para asistir a las tertulias con señoras y niñas en la calle del cabildo iluminada de tiendas.

Los leones.

De los admiradores de Echeverría, Juan María Gutiérrez fue quien copió con más gusto los sombreros, las corbatas y los pantalones; se atrevió a todo, menos al monóculo. Y en literatura dejó los moldes clásicos de Juan Cruz Varela o don Vicente López para hacer tristes odas *Al desamor*, *A una rosa*, *A los cementerios*, en el "Diario de la Tarde" y el "Diario de Avisos".

Santiago Viola, dueño de un desahogado patrimonio, tenía en su casa de la calle de la Florida los libros franceses traídos expresamente de París, poniendo en la tarea el mismo entusiasmo que en coleccionar caballos de paseo y amores de teatro (dice Vicente Fidel López) 44; y los demás —Juan Thompson, Vicente Fidel López, Miguel Cané, Carlos Tejedor, Félix Frías, Juan Bautista Alberdi, los hermanos Domínguez—, todavía en la clase de *filósofos* del doctor Diego Alcorta, que precedía a los cursos superiores universitarios, escrutaban en lo de Viola o en la librería de Marcos Sastre el "espíritu del romanticismo" porque la esfinge nocturna apenas se dignaba mirarlos a través de su monóculo y nada contestaba a sus interrogantes sobre la *filosofía social* que se imponía en París.

Juan Bautista Alberdi.

De ellos, el tucumano Alberdi era el de mayor curiosidad. Había llegado a Buenos Aires en 1825, a los 15 años, con una beca para el colegio de Ciencias Morales, donde aprendió con Bentham que lo bueno era lo útil, con Condillac que el hombre era un ser de sensaciones, y con Benjamín Constant que las constituciones son una panacea para curar los males de la sociedad y hacer la felicidad de los pueblos ⁴⁵. Todo eso bajo la cantilena *Europa, progreso, civilización*, que servía para administrar las "ciencias morales" a los jóvenes argentinos en los años de la Presidencia.

⁴⁴ "Era uno de los jóvenes dorados del tiempo un Santiago Viola que había heredado una gran fortuna —dice Vicente Fidel López en su *Autobiografía*—, tenía talento, pero era *amateur* y flamante en todo: en modas, en caballos, en amores de teatro... Se preocupó también del movimiento literario que para él fue una moda elegante, como las demás ... empleó unos 20 ó 25 mil francos de su fortuna en mandar venir todos los libros de fama corriente en París, franceses, y alemanes e italianos traducidos, la *Revista de París* y la *Británica* completas, y un número considerable de retratos litografiados de los autores en boga ... Como las moscas alrededor de un manjar corrimos en tropel a ese incentivo; nos extasiábamos contemplando los retratos de esos desconocidos. Alberdi, que le daba por la frenología de Gall y Spurzheim, nos colocaba largos solos sobre las protuberancias y compartimentos frontales de Balzac o Jorge Sand ... Viola gustaba que le rodeasen, nos prestaba sus libros: era bastante tarambana y petulante; él mismo aprendía más con lo que nos oía que leyendo, cosa que nunca hacía".

Santiago Viola tuvo una vida aventurera. En 1839 emigró de Buenos Aires, no por causas políticas porque no la tomaba en serio, sino "por moda, por flujo de movimiento y porque había comenzado a tener deudas", dice López. Anduvo por Francia y España, gastando lo que tenía. Se hizo ladrón y fue condenado a año y medio de presidio en Ceuta por un robo de alhajas. Estuvo después en Chile, donde sus antiguos amigos "no queriendo que se adunase con la emigración hicieron un escote para que tomase otro camino", recuerda López: se lo mandó a Guayaquil donde conseguiría del dictador García Moreno que le permitiese abrir un estudio de abogado. Por causas hasta ahora no sabidas, García Moreno lo hizo fusilar en 1844.

⁴⁵ Por eso Rivadavia consideraba que la mejor obra de gobierno consistía en explotar las riquezas del país por compañías extranjeras y dictar una constitución que cambiase el "ser" de la nación.

Mal estudiante en Ciencias Morales y no mejor en la Universidad (en la que no llegó a completar los estudios)⁴⁶, Alberdi suplía con una curiosidad ecuménica sus defectos de disciplina. Fue sin duda el más inteligente de los jóvenes de su generación (dando a la palabra *inteligencia* su real significado de "comprensión"). De todos sus condiscípulos es quien mejor usó la cabeza para pensar, tal vez el único, quizá por haberse resistido en su juventud a meter en ella los textos de *Institutas* dictados por el doctor Casagemas o de *Canónico* leídos hasta el aburrimiento por el presbítero Banegas. Pero de su autodidactismo le vendría, también, su gran defecto: la constante versatilidad de sus convicciones.

Un día tropezó en lo de Santiago Viola con un libro que habría de producirle una tremenda revolución en sus ideas: la *Filosofía del derecho* de Lerminier, expositor francés del historicismo de Savigny, en cuyas páginas alentaba el gran soplo romántico alemán. Supo que el hombre no era un ser aislado como había enseñado Condillac, sino un ente formado por la historia; que las constituciones de Benjamín Constant nada significan cuando no eran la expresión de una nacionalidad y que las sociedades se movían por impulsos espirituales antes que por el materialismo utilitario de Jeremías Bentham.

Descubrió que el romanticismo, hasta entonces una *moda* traída por Echeverría para llamar la atención y revolucionar la métrica literaria, era una cosa muy seria que trastrocaba todo: la filosofía, la política, el derecho. Era nada menos que la valoración de lo propio, la exaltación del pasado, la comprensión de la nacionalidad. Las nuevas ideas rechazaban lo artificioso, lo importado, lo perimido: una Europa viva imponiéndose, en la filosofía, en la literatura, en el derecho, en el arte, al clasicismo artificial de una Grecia o una Roma ya muertas. Lo propio y lo ajeno, lo americano y lo europeo, la "plebe" y la clase "aristocrática", las costumbres políticas y la constitución escrita, lo *federal* y lo *unitario* en fin; la antinomia que llevaba y traía a los argentinos se le presentó clara, Lerminier en mano, al antiguo alumno de Ciencias Morales. Le habían enseñado la excelencia de lo ajeno, de lo civilizado, de lo material; y el romanticismo, la última palabra europea, era la defensa encarnizada, erudita y racional de lo propio, lo bárbaro, lo tradicional, lo *criollo*. Ceo explicable desconcierto encontró que los mazorqueros eran tan románticos como los jóvenes del *quartier latín*, que Rosas, mal visto por los estudiantes y profesores por su rusticidad gaucha y el olor plebeyo de sus partidarios, era nada menos que un discípulo de Lerminier; mientras los unitarios y doctrinarios —y entre ellos su respetado profesor Diego Alcorta— eran puro clasicismo pasado de moda con su afán imitativo, su europeísmo, su civilización y sus constituciones. Ideas que ya nadie tenía en Europa. De su asombro surgió un libro: *Fragmento preliminar al estudio del derecho*.

⁴⁶ Alberdi abandonó los estudios secundarios de *Ciencias Morales*, y sólo los reanudó por gestiones de Alejandro Heredia y Florencio Varela. En 1830 ingresó a la Facultad de Derecho: la carrera se daba en tres años de *Institutas*, *Canónico* y *Derecho de Gentes*, tras los cuales se presentaba una tesis, recibiendo el grado de *Doctor*. Otros tres años en la academia de jurisprudencia, dependiente de la cámara de apelaciones, acreditaban práctica suficiente para *abogar*. Alberdi no se recibió de *doctor*: ocho años después de ingresar, al irse a Montevideo en 1838, no tenía el título. No se sabe si dio algún examen en Buenos Aires. Para contentar a Heredia, que le pagaba la estadía en la capital, se había hecho dar en 1834 un diploma inoperante de *bachiller en leyes* por la universidad de Córdoba, que el rector Baigorri extendió de favor (dice Alberdi en sus recuerdos).

En Montevideo, donde fue una expectable figura política, se hizo conceder en 1840 —sin título ni práctica procesal— la licencia de *abogar*, con la que abrió estudio. En Chile en 1844 revalidó esta licencia y abrió bufete en Valparaíso. No era el único —ni mucho menos— *doctor* en esas condiciones. Tampoco el *doctor* Dalmacio Vélez Sarsfield era doctor.

"Fragmento preliminar".

Un libro audaz para quien no tenía 27 años ni había completado sus estudios jurídicos. Si el título *Fragmento preliminar al estudio del derecho* podía parecer modesto, el subtítulo "acompañado de una serie numerosa de consideraciones formando una especie de programa 'de los trabajos futuros de la inteligencia argentina'" pecaba de lo contrario. Y con dedicatoria a su protector, Alejandro Heredia, como "homenaje de reconocimiento" por mantenerle la beca que le permitía vivir en Buenos Aires su existencia feliz de estudiante crónico, lo dio a publicidad en 1837.

El *Fragmento* quería ser una introducción filosófica al derecho vigente, explicado según el *historicismo* que triunfaba en las cátedras de Europa. Había mucho tomado a la letra de Lerminier sin haber sido digerido, pero algo —y es lo que vale y perdurará— pensado por el propio Alberdi. Más que su exposición sobre el derecho natural y el positivo, su teoría de la jurisprudencia copiada sin reflexión, lo que interesa, lo que vale y quedará de su libro es el *Prefacio*, donde explicaba la antinomia unitarios y federales al presentar la contradicción de las leyes dictadas desde 1820 con el derecho vivo que perduraba en las costumbres.

Lerminier había dicho que "el estudio metódico y reflexivo del pasado" permite saber si las leyes son artificiales, "efímeras, o están en la naturaleza de las cosas". Si las *leyes* corresponden al *derecho*. No deben confundirse las leyes con el derecho, términos que fueron sinónimos hasta que apareció la escuela histórica y puso las cosas en su quicio. El *derecho* es "la constitución misma de la sociedad, el orden obligatorio en que se desenvuelven los individuos que la forman", y las

leyes "no son más que la imagen imperfecta y frecuentemente desleal del derecho". Éstas deben traducir el derecho. No solamente las leyes: en un Estado perfecto, todo —arte, filosofía, costumbres— surge de la realidad, son hechos "nacionales" en un tiempo determinado. "El conocimiento de las formas propias de cada nación es *la conciencia nacional* que debe tener el legislador y el gobernante. Porque "una nación no es una nación sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen. Recién entonces puede llamarse civilizada: antes había sido instintiva, espontánea: marchaba sin conocerse, sin saber dónde, cómo, ni por qué".

Ese es el historicismo de Savigny y Lerminier. Aplicado a la realidad argentina, encontraba Alberdi que "nuestra historia constitucional no es más que una continua serie de imitaciones forzadas, y nuestras instituciones una eterna y violenta amalgama de cosas heterogéneas". El error de los unitarios había sido imitar lo europeo como "si la vida social pudiera plagiarse como los escritos... la sociabilidad es adherente al suelo y a la edad, y no se importa como el lienzo o el vino ni se profetiza". Tampoco tuvieron en cuenta al conjunto de la sociedad y llamaron *pueblo* solamente a su clase o su círculo, pero "el pueblo no es una clase, un gremio, un círculo; es todas las clases, todos los círculos, todos los roles". Invocado por quienes hicieron una Revolución en nombre del pueblo aunque pensando en ellos solos, se presentó un día a tomar su sitio en la política y en la historia. Entonces el partido unitario "minoría privilegiada", fue barrido por "la mayoría popular que algún día debía ejercer los derechos políticos de que había sido habilitada". El advenimiento de los federales fue una imposición historicista, "la abdicación de lo exótico por lo nacional, del plagio por la espontaneidad, de lo extemporáneo por, lo oportuno, del entusiasmo por la reflexión". Con el punto de vista de cada cual; para las "reliquias aristocráticas" pero que "considerado filosóficamente no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias; es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo. Y por el pueblo no entendemos aquí la clase pensadora, la clase propietaria únicamente, sino también la universalidad, la mayoría, la multitud, *la plebe*".

La política nacionalista de los federales no era, precisamente, "otra cosa que el sentimiento de la verdad, profundamente histórica y filosófica". Que la realidad federal fuese buena o mala estaba en el pueblo vino Rosas, tan poco comprendido por "la clase pensadora", era mala, para la plebe era buena. Pero no debía juzgársela desde las conveniencias individuales, porque lo real no es bueno ni malo, "es normal y basta; es porque es, y porque no puede no ser". El gobierno *plebeyo* y *dictatorial* del Río de la Plata, con todos sus defectos, era más normal, más "historicista" que los gobiernos europeos todavía aristocráticos y encasillados en constituciones copiadas. Los argentinos deberían enorgullecerse de su *democracia social* que alguna vez se impondría en el mundo entero "porque la democracia, como lo ha dicho Chateaubriand, es la condición futura de la humanidad". Sería la segunda lección dada por América a Europa: la primera había sido de los Estados Unidos con su *democracia burguesa*: "y ese movimiento nuestro no sólo es precursor de un movimiento americano sino también europeo y humano. El mundo viejo recibirá la democracia de manos del nuevo mundo y no será por la primera vez... la emancipación de la plebe es la emancipación del género humano, porque la plebe es la humanidad y la nación a la vez. Todo el porvenir es de la plebe".

Hasta aquí el análisis de Alberdi y su profecía de la imposición universal de la democracia argentina. La comprensión de la realidad, tal como la había formado la historia, es precisamente la base del historicismo: la nacionalidad, el pueblo, las clases dominantes, los jefes populares son aspectos sociales de esa realidad. El problema para el historicismo no estaba en valorarlos desde las abstracciones de una ideología, sino comprender cuándo estas "instituciones" son espontáneas o artificiales. Para discriminar el grado de realidad es que Savigny (seguido por Lerminier) había hablado de una *conciencia nacional* en el legislador que "distingue lo que hay en ella (la sociedad) de esencialmente invariable —repite palabras de Lerminier a través de Alberdi— y lo que hay de esencialmente variable, para no empeñarse en hacer invariable lo variable y variable lo invariable... para no tomar las formas por los principios ni los principios por las formas".

Para Alberdi la obra historicista de Rosas ciñéndose a la realidad social y política debería completarla la *joven generación* "llamada a investigar la forma nacional del desarrollo de estos elementos de nuestra vida americana, sin plagio, sin imitación y únicamente en el íntimo y profundo estudio de nuestros hombres y de nuestras cosas". Porque era posible que Rosas ignorase a Lerminier y no hubiese leído a los "historicistas", y solamente advertido por "su instinto, intuición o razón espontánea" se apoyó en el pueblo, desalojó a los unitarios, contribuyó a dar carácter nacional al país y se negó sistemáticamente a copiar una constitución. Pero eso no bastaba: *la* joven generación debería darle la *conciencia nacional* que le faltaba y solamente podía adquirirse por el conocimiento "profundo y reflexivo de los elementos que constituyen la nación". Ese trabajo no había podido tomárselo Rosas, y era disculpable porque antes de su advenimiento estuvo muy ocupado en sus tareas ganaderas y ahora, en el Fuerte, lo estaba en las infinitas atenciones de su personalismo gubernativo. Le había faltado tiempo y concentración filosófica para "reflexionar sobre nuestra historia próxima". Por eso Alberdi, generosamente, creía conveniente adelantarle algunas reflexiones para formarse su *conciencia nacional* que habrían de servir como pauta para la "inteligencia argentina".

La patria había nacido en 1810: la "historia argentina" era por lo tanto el lapso corrido entre 1810 y 1837. Lo demás era exótico porque no era argentino. "Nuestros padres nos dieron una independencia material; a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia: la conquista del genio americano ... la filosofía americana, la política americana, el arte americano, la sociabilidad americana, son otros tantos mundos que tenemos que conquistar". *Conquistar* en el sentido

de descubrir, de encontrar la realidad social que venía desde el fondo de la historia, hubiera sido la posición historicista correcta, pero Alberdi le daba el sentido de *crear*, con la "sola tutela de nuestra historia próxima". ¿Y qué podía descubrir en esa tradición de 27 años —¡tan joven como él!— que empezaba en Mayo? ... Un odio a España y un conjunto de doctrinas que se presentaban como *tradición* argentina. Mayo era la negación de España, y por eso debería eliminarse hasta el residuo lo que fuera español; "la hemos vencido {a España} por las armas pero nos posee todavía por muchos conceptos. Conserva entre nosotros un fondo de poder, fragmentos de tiranía, restos de feudalismo, que es necesario eliminar ... cien hábitos, cien tradiciones intelectuales, morales y materiales que se mantienen aun entre nosotros ... aceptar la tradición de España es una insensatez". Y aquí viene la norma de toda la generación de Alberdi: "el día que dejamos de ser colonos de España acabó nuestro parentesco; desde la Revolución *somos hijos de Francia*". La originalidad de Mayo, la "patria" de 1810, estaba para los jóvenes *mayos* en dejar de ser españoles para ser franceses. Por lo tanto, debía reemplazarse, entre tantas cosas ibéricas que todavía nos agobiaban, a la lengua española, "importación absurda de una legitimidad exótica". Los argentinos deberían hablar en francés, que se ajustaba "mejor a nuestro pensamiento que los eternos contoneos del pensamiento español".

La ligereza, el constante defecto del genial tucumano, no le dejaba comprender que este historicismo futurista, ese casticismo descastado, esa tradición sin siglos, esa patria sin *padres*, eran lo más opuesto que podía darse del romanticismo. Pero Alberdi escribía por ráfagas geniales, y por lo tanto inajustadas a un rigor excesivo. No importaba porque tenía la facilidad de olvidarlas apenas escritas.

Pero en 1837 los *alberdistas* (el ala "política" de los leones románticos) estaban convencidos que "la persona grande y poderosa que preside nuestros destinos públicos", llamaría "a colaborar a la joven generación que parece caracterizada por una reflexiva y profunda obsecuencia a los poderes consagrados por el pueblo". Le traían a Rosas nada menos que la justificación filosófica del federalismo y de paso aportaban su apoyo para ayudarlo en la tarea americanista, hasta entonces llevada a puro palpito. Los gauchos ("poder de las masas") Y Rosas ("gobernante que considerado filosóficamente descansa en la buena fe, en el corazón del pueblo") debían aceptar el asesoramiento inteligente de Alberdi y los suyos que acababan de descubrir América en los libros que Santiago Viola y Marcos Sastre hacían traer de París ⁴⁷.

El "Salón literario" (junio de 1837).

Las reuniones en lo de Viola o en lo de Cané acabaron por ser numerosas, porque crecía el número de jóvenes que querían instruirse en las últimas novedades francesas. El pequeño negocio de Marcos Sastre en la calle Defensa entre Potosí (Alsina) y San Francisco (Moreno), a la vuelta de la Universidad, tampoco daba abasto. Entonces formó éste, con los jóvenes y algunos mecenas (entre ellos Pedro de Angelis), una sociedad literaria para alquilar una finca más amplia en la calle del cabildo (Hipólito Yrigoyen) entre Chacabuco y Piedras. Allí, en las piezas de la calle, trasladó Sastre su negocio y el amplio comedor se arregló para "salón literario".

El *Salón literario* donde se estudiaba, discutía y disertaba (con publicaciones para "llevar la instrucción al pueblo", como decía Juan María Gutiérrez), se inauguró un "domingo de fines de junio" (que Echeverría y Gutiérrez en su posterior intento de confundir el *Salón* con la *Asociación Mayo* para antedatar ésta a tiempos anteriores al conflicto con Francia, dicen que fue el 23, y Palcos y la *Historia* de la Academia, el 26. Pero el 23 de junio de 1837 fue viernes, y el 26 lunes. Me arriesgo a conjeturar una transacción: habrá sido el domingo 25 de junio).

En el Salón Literario —que tuvo vida efímera— Alberdi guió a Echeverría y a Juan María Gutiérrez en el romanticismo filosófico y político. Echeverría no lo había hecho hasta entonces —solamente "tenía noticias de sus autores"—, porque la política y el *socialismo* no eran su fuerte ⁴⁸. Allí el maestro de la nueva generación, guiado por la presuntuosidad juvenil de Alberdi, conoció el historicismo de segunda mano de Lermínier y el sansimonismo un tanto menguante de Leroux y la *Revue Encyclopédique*. Para conservar su puesto de "maestro" que Alberdi amenazaba quitarle, se empeñó, tenaz y resuelto, en formarse una cultura filosófica y picó ingredientes del sansimonismo, el neocatolicismo de Lamennais, el nacionalismo liberal de Mazzini y algo del romanticismo alemán de Hegel y Herder llegado a través de Lermínier. Se hizo filósofo y político por un esfuerzo de voluntad, como antes se había hecho poeta. Sus lecturas dispares en el Salón, algo mezcladas con otras del nada romántico Guizot, constituyeron su alimento intelectual. Del conjunto discorde brotarían al año siguiente "las Palabras Simbólicas" que englobó en 1846 en su *Dogma socialista*. Juan María Gutiérrez contaría al salteño Pío Tedín las excursiones de sus amigos en la ciencia política y social: "aquí los tiene usted en campaña, nada menos que con la empresa quijotesca de convertir de un soplo, de una palabra, a un gaucho salvaje en un habitante de la orilla del Sena".

Al inaugurarse el Salón disertó Marcos Sastre de lo que era un dogma en da nueva generación: "proclamar a la faz del mundo nuestro divorcio de toda política y legislación extranjeras". Agradeció "a la Providencia el hombre grande" que gobernaba, y por quien se podía "rechazar toda creación anárquica o extraña que intente oponerse a las esperanzas de la Nación"; entre ellas, en primerísima línea, la "literatura española" que sólo podía dar "compilaciones monstruosas e indigestas, ideas rancias, pésimas traducciones, poesías insípidas, novelas insulsas y despropósitos periódicos". Alberdi habló de la Revolución de Mayo: "fruto progresivo del desarrollo humano" como la Revolución francesa, que había servido para desprenderse del españolismo caduco y abrirse a la cultura de Francia "que en materia de inteligencia es la expresión de Europa". Gutiérrez dio el golpe de gracia a la península ibérica "donde no encontraréis un libro que encierre los tesoros

que brillan en cada página de *René*, en cada canto del *Childe Harold*, en cada meditación de Lamartine, en cada uno de los dramas de Schiller"; España sólo había dado "una ciencia nula" y una literatura tonta, y los argentinos estaban obligados a completar la obra de Mayo "divorciándonos completamente de las tradiciones peninsulares" y sobre todo del "vínculo fuerte y estrecho del idioma" que necesariamente deberá "aflojarse de día a día a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de Europa".

⁴⁷ Si Rosas leyó alguna vez el *Fragmento*, lo que es dudoso, se habría desconcertado al enterarse que gobernaba de acuerdo con las novedades de la filosofía europea. Pero esa república de gauchos hablando en francés, con los *cajetillas* como mentores, que querían los *mayos*, le habrá producido uno de sus estruendosos ataques de hilaridad.

⁴⁸ "Echeverría y Gutiérrez —escribió Alberdi en su *Autobiografía*— propendían por sus aficiones y estudios a la literatura; yo, a las materias filosóficas y sociales... Yo les hice admirar las doctrinas de la *Revista Enciclopédica* en lo que más tarde llamaron el «Dogma Socialista»".

Echeverría no se atrevió a mostrar el fruto de sus estudios filosóficos, que madurarían el año entrante. El 1 de julio hizo recitar su poema *La cautiva*, donde el gaucho Brian buscaba entre los indios a su esposa María, a la que duda en salvar porque "del salvaje la torpeza / habrá ajado la pureza / de tu honor ... ya no me es dado quererte". Como ésta le muestra un puñal que le ha servido "para matar al insolente / que ultrajar mi honor intente", la perdona y se la lleva guiándose "por la polar estrella" que ha ido a brillar al hemisferio sur. Como el poema es romántico, los dos tienen que morir y son enterrados bajo un "ombú donde se anida / la altiva águila real", también emigrada del hemisferio norte.

Las opiniones de los jóvenes *alberdistas* (porque el tucumano acabó desplazando a Echeverría y Gutiérrez como maestro juvenil.) produjeron el escándalo de los viejos unitarios. Y también de los jóvenes de la antigua escuela: Florencio Varela auguraba desde el exilio que "no será duradero" el movimiento romántico, mientras su hermano Juan Cruz se santiguaba pese a su volterianismo por la revolución literaria que hacía prosélitos: Miguel Cané, cuñado de Florencio, decía desde Montevideo de sus parientes en carta a Alberdi: "¡ Qué bárbaros! No ser románticos en el siglo >cm es no ser patriotas, no ser progresivos, no ser cristianos, no ser hombres". Desde San Juan, Domingo Faustino Sarmiento mandaba sus poesías a Alberdi para "que aliente la timidez de un joven". Alberdi le aconsejó que cultivase la prosa en la que mostraba mejores aptitudes.

El Salón duró hasta mayo de 1838 porque Marcos Sastre, que debía ausentarse, vendió su librería. No hubo postores, porque los tiempos eran de guerra y debió darlos por el precio del papel de envolver.

"La Moda".

Del Salón nacería, en noviembre de 1837, *La Moda*, "gacetín de música, poesía, literatura y costumbres", donde Alberdi componía minués y *valgas* ("Extranjero sin patria ni hogar / vine al mundo tan sólo a llorar", y los *Lamentos de la tórtola viuda*), y con el seudónimo de *Figarillo* fustigaba las sencillas costumbres hogareñas criollas con el diapason que daba el tono en el París de Luis Felipe. "Con la misma soltura que imitaba a Larra o a Lerminier —dice Groussac— competía con Esnaola en gimoreos sentimentales (*¡Fuése el hechizo del alma mí-í-ía!*) disfrazándose de Figarillo por las mañanas, de filósofo por la tarde, y a la noche de pianista y cancionero de salón. Desempeñaba esta calamidad: el aficionado universal".

La Moda era una revista intrascendente de "novedades femeninas y masculinas" cuyo público eran las niñas de las familias pudientes y los jóvenes leones de la calle Potosí. Alberdi, Gutiérrez, Tejedor, Barros Pazos y Nicanor Albarellos (Echeverría consideró poco digno colaborar) escribían sobre los "Modos seguros de hacerse cantor", "Ventajas de las feas", o daban la pauta de la elegancia en comentarios como éste: "Los géneros escoceses ya no son del gusto del día; el azul violeta, el panquemado son los colores favoritos de la paquetería para andar por la calle".

Bajo el aparente frivolidad se mantenía la idea de llevarle al Grande Hombre la explicación de su federalismo intuitivo. Ahora no era filosófico, sino estético: el color punzó, símbolo del romanticismo francés, era también el del federalismo argentino —decía en el nº 3 + el suelto *Modas políticas*—, "es a la vez un color político y un color de moda"; lo habían llevado en el chaleco los románticos de la batalla de Hernani", venía en los últimos figurines de París y era también el color "que lleva el pueblo". ¿Qué mejor muestra de la correlatividad del romanticismo y el federalismo?

Rosas siguió impasible, sin dejarse emocionar por la "profunda obsecuencia" de los jóvenes convertidos al federalismo por estar de moda en las cátedras de la Sorbona y en los figurines de París ⁵⁰. *La Moda* viviría el verano de 1837 a 1838, muriendo en abril por falta de suscripciones, al mismo tiempo que se cerraba el Salón Literario y Marcos Sastre vendía sus libros por el precio del papel de envolver. Pasó como todas las modas, sin dejar tras de sí ni el eco de las gacetillas desconcertantes de Gutiérrez sobre "paquetería femenina y masculina" ni las crónicas de Figarillo, ni sus reflexiones políticas sobre la identidad del color de los románticos franceses y los partidarios del

federalismo,

En abril de 1838 había hecho crisis el conflicto con Francia. ¡Tremenda angustia para los jóvenes que se sentían "hijos de Francia" y a la vez admiraban al "grande hombre que rige nuestros destinos"! ¿De qué lado estaría el patriotismo? ¿Con la tierra de Lermínier y de Leroux, cuna de la Gran Revolución de la que *Mayo* era una consecuencia? ¿O con la *plebe* que desde la alameda mostraba sus puños a las fragatas francesas bloqueadoras del río?

⁴⁹ En la historia del romanticismo se llamó *batalla de Hernani* el estreno de ese drama de Víctor Hugo en el Teatro Francés el 25 de febrero de 1830. Sabedores que los *clásicos* preparaban una silbatina, concurren quinientos *románticos* vestidos de estrafalaria manera: melena y barba medievales, chaleco de *satín* punzó a lo Robespierre, pantalón escocés, capa española "llevando todos los siglos y todos los países en el traje y la cabeza". Hubo golpes, contusos y plateas rotas; pero la batalla se ganó.

⁵⁰ "El divorcio entre la tiranía y la intelectualidad argentina —dice Kornfue la culpa más grave de Rosas y su sanción moral". Lo cierto es que el rústico don Juan Manuel no hizo ningún caso de los jóvenes intelectuales, y éstos no se lo perdonaron jamás. "Si Rosas —dice Echeverría en el *Dogma* entre imprecaciones al *tirano*— ... hubiese comprendido su posición ... habría llamado y patrocinado a la juventud y púestose a trabajar con ella en la obra de organización nacional ... Hombre afortunado como ninguno, todo se le brindaba para acometer con éxito esa empresa. Su popularidad era indisputable; la juventud, la clase pudiente y hasta sus enemigos acérrimos lo deseaban, lo esperaban cuando empuñó la suma del poder ... Rosas hubiera puesto a su país en la senda del verdadero progreso; habría sido venerado en él y fuera de él como el primer estadista de la América del Sud, y habría igualmente paralizado sin sangre ni desastres toda tentativa de restauración unitaria".

Es cierto que los leones no eran nacionalistas por amor y comprensión de la tierra, sino por seguir la última moda europea; y que sus ideas sobre organización política o social eran sencillamente estrafalarias. Pero con todo, Rosas debió habérselos atraído: su política no tuvo discípulos y por eso desapareció completamente a poco de su caída. El personalismo fue, sin duda, el gran defecto de Rosas. Ideológicamente no era un líder, sólo "un Octavio que no llegó a Augusto" sin consolidar definitivamente una obra. No se le puede imputar, en estricta justicia, toda la culpa: apenas iniciada la intervención francesa los jóvenes se apresuraron a ponerse del lado de Francia, "la causa del derecho que el despotismo hollaba", abandonando su romanticismo de pega. Tampoco el siglo xix, época de imperialismos triunfantes apoyados en el liberalismo doctrinario, era propicio para que se mantuviese y prosperase el nacionalismo argentino de Rosas. Otra cosa hubiera ocurrido de vivir en el siglo xx..

EL BIBLIOTE.COM

REFERENCIAS

a) documentales:

Archivo General de la Nación (Bs. Aires), Documentos de la secretaría de Rosas (1835-1839).

—Varios (sala X, caja 1).

FÉLIX BARRETO, *Papeles de Rosas*.

Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López (F. Barba).

J. IRAZUSTA, *Vida de J. M. de Rosas a través de su correspondencia*.

Sobre el precio de la onza de oro en Buenos Aires: Instituto de Economía de la Fac. de Ciencias Económicas (dirigido por Julio Broide), *La evolución de los precios en el período 1830-1850*.

b) periódicos:

El Censor, de Buenos Aires (años 1815 a 1817).

La Moda, Buenos Aires, 1837.

British Packet and Argentina news, Buenos Aires, 1835-1839.

La Gaceta Mercantil, Buenos Aires, 1835-1839.

El Iniciado, Montevideo, 1839.

c) memorias y diarios:

J. B. ALBERDI, *Autobiografía* ("Escritos póstumos", t. XV).

A. CUYAS Y SAMPERE, *Apuntes para la historia de Entre Ríos*.

J. GARIBALDI, *Mi lucha por la libertad* (t. I).

T. IRIARTE, *Memorias* (t. 5º).

V. F. LÓPEZ, *Autobiografía* ("La Biblioteca", t. 1º).

J. THOMPSON, *Diario* (desde el 21 de agosto al 23 de octubre de 1838).

d) citas bibliográficas:

J. B. ALBERDI, *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (Obras completas, t. 1º).

Mayor C. BASILE, *Una guerra poco conocida* (t. 1º).

MYRON BURGÍN, *Aspectos económicos del federalismo argentino*.

R. J. CÁRCAMO, *Facundo Quiroga*.

A. CHÁNETON, *Retorno de Echeverría*.

P. DE PAOLI, *Facundo*.

E. ECHEVERRÍA, *Obras completas* (ts. 1º y 2º).

H. S. FERNS, *Brittain and Argentine in the XIX century*.

M. GÁLVEZ, *Vida de Juan Manuel de Rosas*.

P. GROUSSAC, *Crítica literaria*.

— *Estudios de historia argentina*.

L. A. DE HERRERA, *La seudohistoria para el Delfín*.

— *Orígenes de la guerra grande*.

C. IBARGUREN, *Juan Manuel de Rosas*.

J. INGENIEROS, *La evolución de las ideas argentinas* (t. 2º, La restauración).

A. Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*.

J. L. LANUZA, *Esteban Echeverría y sus amigos*.

D. DE LAYTOSO, *Historia da República de Río Grande*.

B. DE MAGALHAES, *Guerra dos farrapos* (en *Estudios de historia do Brasil*).

JORGE M. MAYER, *Alberdi y su tiempo*.

J. P. OLIVER, *El fundador del Banco de la Provincia*.

R. ORGAZ, *Echeverría y el sansimonismo y Alberdi y el historicismo* (en *Sociología argentina*).

A. PALCOS, *Echeverría y la democracia argentina*.

A. PIVEL DEVOTO, *Historia de los partidos políticos en la R. O. del Uruguay*.

— *Historia de la R. O. del Uruguay*.

E. QUESADA, *La época de Rosas*.

P. ROJAS PAZ, *Echeverría*.

— *Alberdi, el ciudadano de la soledad*.

J. M. ROSA, *El cóndor ciego*.

— *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*.

— *La caída de Rosas*.

— *Nos los representantes del pueblo*.

A. Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*.

M. SÁNCHEZ VELAZCO, *Memorias para la historia de Bolivia*.

W. SPALDING, *A revolução farroupilha*.

A. TASSO FRAGOSO, *A revolução farroupilha*.

A. VARELA, *Duas grandes intrigas* ("A intriga republicana").

— *Río Grande do Sul* ("Relagáo histórica").

Pbro. M. A. VERGARA, *La guerra de la Rep. Argentina contra el mariscal Santa Cruz.*

— *Jujuy bajo el signo federal.*

EL BIBLIOTE.COM